

Recensiones bibliográficas

Maestros y dómines

Horacio Oliva

Ed. Ibáñez & Plaza Asociados, S.L., Madrid 1997, pp. 235.

Siempre que leo un libro biográfico o autobiográfico me viene a la mente la frase de Goethe: "El pasado es frágil, trátalo como si fuera hierro candente".

No es mi propósito hacer una crítica al uso de *Maestros y dómines* del Prof. Horacio Oliva por dos motivos: el primero porque quiero alejarme de esa crítica pseudoerudita tan fría como "profesional", y en segundo lugar porque quiero que lean el libro: transmite un aire fresco y renovador de los que tan necesitado está el mundo médico. Uno está cansado de esa hermenéutica de moda en que se proclama que ni Cervantes ni Goethe puedan ser leídos si no a través de una pretenciosa crítica, de otra crítica realizada por otro chararilero de la interpretación. Parece que vivimos hoy día de oída porque la verdad objetiva se ha sustituido por la interpretación de las interpretaciones. Y este libro tiene una gran virtud: la sinceridad de su autor, al que no le duelen pren-

das decir de primera mano lo que piensa del pasado y del presente de la medicina en sus tres aspectos: docente, investigador y asistencial. Entrar en esa "resistencia" de los hombres libres que sienten el más profundo horror por la mediocridad es un deber que se ha tomado en serio el autor, antes de que se nos imbecilice del todo. Hacer lo que se debe, o nada. Como dice E. Jünger, "uno no puede evitar que le escupan, pero sí que le palmeen el hombro". Así pues, el libro no deja de ser una clarividente declaración de intenciones para este fin de milenio. Con la figura de D. Carlos como fondo el libro trasciende el puro proyecto biográfico.

Es un libro reivindicativo sobre una persona, D. Carlos Jiménez Díaz, y sobre un grupo humano: el que se formó en torno a la Fundación Jiménez Díaz, que creó con una ilusión a prueba de pesimismo y envidias estériles y paralizantes; un mundo lleno de "ilusión, espe-

ranza y rebeldía" y que difícilmente se podrá dar. Se vivía "en medio de un clima impresionante, ya que entonces todos, absolutamente todos, compartíamos los grandes sucesos de la Clínica y porque fue... una excepcional experiencia humana y médica". Imagino al autor recordando y viendo lo recordado como al poeta: "Por una ventanilla / azul, ya muy pálida / pequeña como el reyezuelo / y con un libro en las manos / miraba el mundo entero en el jardín. / Sobre la mesa, ya acabados, / dos versos, regada la genciana. / Ya no llamé entonces, / era una visión del paraíso".

Es un libro, como es lógico deducir, nostálgico, porque "algo se fue". Me imagino a D. Horacio, ayer Prometeo y hoy devenido en Sísifo, castigado por algún Dios a volver a subir la primera piedra de aquel sueño llamado Clínica de la Concepción y retomar con optimismo y renovadas fuerzas aquel sueño que

empezó a desmoronarse en los años 1980. El libro es un instrumento encaminado a ello: recordar sobre todo a los jóvenes que es posible fundar ese mundo privilegiado como ejemplo de trabajo, dedicación y amor a la profesión y que puede volver a resurgir de sus cenizas y evitar lo que ocurre siempre... que la desidia establezca su sede entre las ruinas. No hay nada que amarillee tanto como el entusiasmo decepcionado.

Sobre todo es un libro hecho con amor y con la gratitud debida del discípulo hoy convertido a su vez en maestro que añora para sus adentros lo que representó en su vida ser discípulo del "último gran maestro". El Prof. Oliva sabe que entre tantas luces hay muchas que no alumbran más de lo que alumbran la ocasión y el momento. Hay muy pocas cosas, muy contadas, que alumbran dentro y lejos porque la verdadera docencia siempre se afana en alumbrar más que en deslumbrar. Es un libro, pues, que no está de moda porque hoy casi nadie da las gracias por nada. Decir cosas como las de Juan de Salisburi allá por el siglo XII, "Somos enanos que ponemos nuestros pies sobre los hombros de los gigantes que nos precedieron", es estar bajo sospecha. Como dice el Prof. Oliva, a los jóvenes les estamos dejando sin modelos y sin ilusiones en un mundo de verdades poliédricas, tan poliédricas que ya no se sabe a dónde ir ni de dónde esperar, como Castillo de Kafka o Torre de Babel. Hoy no nos está permitido mirar atrás, ni conocer lo que se nos ha dado ni reconocer cuánto de lo que somos no es sino donación generosa de nuestros antecesores.

El estilo del Prof. Oliva es cuidadoso y limpio, aderezado con numerosas citas muy adecuadas al texto, la mayoría "no profesionales", y que habla mucho en favor de un médico con una cultura lata, *rara avis* por estos pagos.

He dicho que es un libro hecho con amor, fruto de un proceso de encantamiento, como gusta decir al Prof. Oliva: los centros de encantamiento y refugios del vivir de J.M. Couturier. Comprendo al autor porque también sufrí un proceso de encantamiento parecido cuando era estudiante de medicina. Como él expresa con nostalgia—dice D. Ramón Gómez de la Serna que la nostalgia es la neuralgia del pasado—, eran tiempos en que uno sentía una "sensación espiritual placentera y estimulante que suponía estar con él, escribir, dialogar, discutir, proyectar, rectificar, tertuliar y por encima de todo quererle". Me pregunto quién de los residentes o médicos actuales llega a tener tal sentimiento por alguien de su profesión y menos por un superior. Créo que al autor de este libro le duele el alma no tanto por aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor, como por el hecho de que los estudiantes carezcan del privilegio de tener a un maestro de las características de D. Carlos, quien gozaba de la rara habilidad de "aumentar la estima de cada uno y ello sin que se perdiera el necesario sentido de la autocrítica". Al autor le duele la ausencia del "último gran maestro" porque piensa como el poeta: "No dejéis morir a los viejos, las antiguas palabras, las ciudades perdidas, el despetar del sol como dádiva cierta en la mano del hombre". Y ese dolor añorante se nota en cada línea del libro.

El autor arremete contra el mundo académico y hospitalario actuales, huérfanos de maestros y llenos hasta la hartura de lo que él llama los "Dómines", a los que trata con una dureza inusual para estos lares. Nuestra universidad está demasiado llena de trampas propias de la erudición pequeña, de las alteraciones psicopatológicas producidas por la vanidad, de la charlatanería vacía y estéril, de la mediocridad como currículo común de muchos dómines, verdaderos maestros, eso sí, de la conspiración, de las envidias mostrencas, de las soberbias castrantes y de las arrogancias hueras, ocultos tras las dictaduras académicas, el amiguismo y la endogamia. Es lo que Saint-Cyran llamaba "el mal aliento", el rastro o la mala baba del "yo". La administración universitaria huele a cloroformo. No es sólo una anestesia de la mente, lo más grave es que este cloroformo afecte al espíritu de los futuros médicos. Hoy la respetabilidad intelectual se adquiere, no pocas veces, no por méritos propios sino por méritos ajenos, los que proporcionan los "voceos paraoficiales" o las instituciones del poder educativo, que no olvidemos funciona como cualquier otro tipo de poder. Es cierto que siempre ha habido tormentas de este tipo, pero esta "nube", dadas las amplificaciones que los altavoces de los "hombres oscuros" ofrecen hoy, puede ser un gran pedrisco para mañana. ¿Habrá que meter, pues, "los trastos" a cubierto durante una temporada: los "Morales Pleguezuelo", los "Valle" o los "Arencibia"? El Prof. Oliva prefiere no guardar a esos maestros sino, afortunadamente, mostrárnoslos para que aprendamos con su ejemplo. Las ventanas se han abierto

y es hora de limpiar ese aire viciado de las camarillas que buscan mil argucias para que sus miembros se eternicen en sus puestos o para que "no tengan competidores y, si los tienen, que sólo puedan representar el papel de comparsas", a los que les puede el nombre ocultando al hombre mediocre que hay debajo. Continúa el Prof. Oliva: "Y nos asalta una sospecha: si acaso estemos en una época de encubrimientos (...) no se puede ocultar el hecho de que la vida muestra ciertos síntomas de tosquedad, de pobreza, de monotonía, de inestabilidad; y, lo que es más, de sequedad, de prosaísmo". Esto me recuerda aquella conversación de Alicia con el huevo parlante:

"—Cuando yo uso una palabra —dijo Humpty Dumpty con cierto desdén— significa exactamente lo que yo quiero, ni más ni menos.

—La cuestión —dijo Humpty Dumpty— es saber quién va a mandar. Eso es todo."

Con qué frecuencia ocurre, y España es un ejemplo paradigmático de ello, de la innumerable cantidad de personas que esta tierra da y ni siquiera gasta, como dice Muñoz Rojas. D. Carlos es una excepción, pero no por los méritos ajenos de las consultas o los despachos de las cátedras, como ocurre hoy día con harta frecuencia, sino por méritos propios, y eso le da un espíritu libre y generoso. Es propio de los grandes maestros marchar iluminados con su propia luz. Dice Ramón y Cajal: "Nada es más raro que hallar un ingenio perfectamente ponderado. Nos referimos a las lagunas mentales de que, por compensación de ciertas excelencias, adolecen casi todos los talentos superiores. Encuéntrase con frecuencia inteligencias penetrantes

casi privadas de imaginación; memorias prodigiosas asociadas a medianos intelectos, fantasía pomposa y plásticas rebeldes a la disciplina del trabajo; espíritus creadores incapaces de exponer con claridad y método el fruto de sus estudios (...) ¡Dichoso el que ha recibido de la Divinidad una cabeza fuerte y armónica, donde ninguna circunvolución monstruosa deforme el cráneo ni el juicio y en cuyas obras se equilibran felizmente la energía con la elegancia, la fortaleza moral con la lucidez y perspicacia y la fantasía con el sentido crítico! La república de la Docencia tiene un cierto olor a establo, pura escolástica del Poder".

¿De qué mimbres estaban hechas aquellas personas que aprendían y vivían en torno a D. Carlos?: "Estábamos condenados a galeras en lo que fuera", y en cambio tenían tiempo para pintar, estrenar alguna cantata, oír música, ir a la ópera, torear y jugar al fútbol. En un mundo como el nuestro, excesivamente especialista y parcelario como ninguno donde un médico difícilmente puede cultivar otra cosa, es admirable ese grupo humano ávido de cultivar otras facetas ensanchadoras y amplificadoras del hombre, eso sí, una vez acabados los deberes.

Pienso que en el fondo el autor es un privilegiado, porque sigue siendo receptor de esa inestimable herencia que invita a contemplar aquel mundo que bien pudiera parecernos actualmente un sueño, un buen sueño. ¡Qué lejos de aquel mundo este otro que suspira compulsivamente por esa migaja de poder mendigado, por esa ambición por deslumbrar, por ese miedo neurótico a no parecer lo que se piensa, por esa esquizofrenia de ser lo que no es y de no parecer lo que se

es! Al rescoldo de ese mundo encantador uno no puede menos que barruntar que no somos sino ese poco de temblor de algo que conmueve, sino un poco de polvo que un momento levanta alguien involuntariamente del suelo. Usted, D. Horacio, nos ha procurado un vendaval de sinceridad y de pensamientos que como un trallazo traspasa nuestro placentero *statu quo* profesional. Sensaciones que nos quedan descansando en su amistad, mientras que... los castaños y robles estén en lo suyo y el paisaje se sienta a sí mismo.

Consuélese, piense que usted no es sino el lugar de sus apariciones. Sólo espero que las generaciones venideras no tengan que exclamar con el poeta "andaremos como podamos con los años y con la vida, a tropeles, balbuceando y adelantando las manos por si nos encontramos con alguien que quiera acompañarnos e indicarnos el lugar de la sabiduría gratificante, limpia y detenida". Llevados, no llevando.

Sólo está claro que se recibe todo, que se debe todo... y que hay que devolverlo. Agradecido por el refrigerio anímico que me ha proporcionado la lectura de *Maestros y dómines*, le deseo al autor un lugar preñado de olores del alma sosegada, ocupado por la serenidad quieta y receptiva como un corazón cóncavo.

En fin, usted ya sabe... una cosa es el verso buscado y otra el verso no logrado.

Dr. M.A. Marigil

Dpto. de Anatomía Patológica
Hospital San Jorge
Huesca

Recensiones bibliográficas

Tumores del sistema nervioso central

Julio Escalona Zapata

Editorial Complutense, Madrid 1996, pp. 183.

There have been a number of books on tumors of the central nervous system published in the last 30-40 years. Undoubtedly, the book by Russell and Rubinstein, which spanned some 30 of these 50 years, has had a tremendous influence on diagnostic pathology of the nervous system. More recently, major publications on the pathology of tumors have appeared in sections in large neuropathology textbooks such as *Systemic Pathology* and *Greenfield's Neuropathology*. The present text by Julio Escalona Zapata has many of the qualities of Russell and Rubinstein. It grew from an *Atlas of Anatomical Pathology and Tumors of the Nervous System*, published in 1986, and the intention of the present book is to offer a neuro-oncological text in Spanish in the grand tradition of German, English and Spanish neuropathology. Nevertheless, it differs from the more Northern European and American texts in that it also

incorporates the great traditions of Spanish neurobiology heralded by Cajal and Del Río Hortega in the early part of this century.

Prof. Escalona Zapata has produced a monumental text which combines an historical review of the development of ideas and diagnostic techniques in relation to tumors of the nervous system with an up-to-date account of the most recent immunocytochemical, cytogenetic and molecular biological aspects of nervous system tumors. There is much practical advice on cytogenetic methodology, the detection of loss of heterozygosity and the use of the polymerase chain reaction in the study of nervous system tumors. The bibliography is admirably up-to-date, citing the genetic changes in astrocytic tumors as they progress to glioblastoma multiforme, and the genetic changes in meningiomas which allow typical meningiomas to be distinguished from anaplastic meningiomas.

The first chapter in the book is an historical profile of the 20th century giants of tumor biology and diagnostic practice; most will be known to all neuropathologists. An extensive section on the classification of tumors follows and shows how classifications have evolved over the last 70 years but remain largely based on histological and cytological characteristics of tumor cells and their relationship to cells in the normal brain. The factual account of this evolution, however, does not describe the intense emotion with which some of the battles for supremacy of classification were fought. Most of the classifications were ascribed to just one person or perhaps two people, and it may be the mark of maturity in the study of central nervous system tumors that the classification published in 1993 is a truly international effort and has thus almost certainly gained more acceptance than many of the earlier models.

The section on the general pathology of central nervous system tumors is well illustrated in black and white by photomicrographs mainly of hematoxylin and eosin-stained preparations but with the inclusion of many silver stained preparations following the Spanish and South American traditions. A mixture of macroscopic photographs and high quality micrographs gives a broad view of the different patterns seen in nervous system tumors. The features illustrated range from the basic pattern of tumor infiltration to the finer details of the identification of tumor cells in histological preparations. Complications in the brain arising from the presence of expanding lesions are very well illustrated from a superb collection acquired by the author over many years.

Neuroectodermal tumors and the tumors that arise from other intracranial structures are covered in some depth in the middle 350 pages. In each section, a brief historical background is given which puts the modern data into context. Again, the

chapters are well illustrated with a mixture of macroscopic preparations and high quality black and white photomicrographs. Where necessary, electron micrographs were also included.

One of the major problems with many single author books is that it is not possible for one person to encompass all aspects of a large field such as the nervous system tumors. Thus, there are often sections that are out of date or are unbalanced. At the other end of the spectrum, multi-author books may be disjointed and poorly coordinated with variation in style, presentation and quality of illustrations. I feel that Julio Escalona Zapata has solved this problem in a unique way. He appears to have recognized the limitations of single author books and so has confined his major contribution to his extensive experience of diagnostic neuropathology and has incorporated, as a series of appendices, accounts from experts in the fields of pituitary tumors, ocular tumors, neoplastic lesions in patients with AIDS, and the use of mod-

ern techniques in the study of central nervous system tumors.

If we return to the author's intention to offer a neuro-oncological text in Spanish in the European tradition, I feel that this has certainly been achieved. It is not often that a native English speaker picks up and reads through a text in a foreign language; but the beauty of Spanish comes out in this book, and with the help of ample tables and illustrations, the quality of the text can be appreciated even for a non-Spanish speaker.

I feel that this book will have a very wide appeal in Spain and South America but, in addition, it will hold a fascination for non-Spanish speakers so that they may gain inspiration from the grand tradition of European and Spanish neuropathology.

R.O. Weller

Professor of Neuropathology,
Department of Pathology
(Neuropathology)
Southampton General Hospital,
Southampton, U.K.